

en ella las chispas, le quemaba las carnes como si hubiera sido la camisa de Neso. No quedándole otra prenda, se arrolló al cuello el *capitium*.

A medida que avanzaba, reconocía que lo que había tomado por nube de humo lo era de polvo, de donde salían gritos y voces confusas.

«La plebe saquea las casas,» pensó Vinicio, encaminándose al sitio de donde partían las voces. Uno u otro había de socorrerle, y antes de llegar á la meta se puso á pedir auxilio con la poca voz que le quedaba. Y este fué su último esfuerzo. Subiósele á los ojos la sangre, le faltó la respiración, las piernas le oscilaron y cayó en tierra.

No en vano había implorado socorro. Acudieron inmediatamente dos hombres con un cubo de agua. Vinicio no estaba más que extenuado, pero no había perdido el sentido. Agarró ávidamente el cubo y bebió.

— Os lo agradezco, dijo. Ayudadme ahora á levantarme y podré continuar.

Le bañaron la cabeza, le levantaron del suelo y le condujeron adonde estaban sus compañeros, que, rodeándole, le preguntaron en seguida por su estado. Tanta piedad no pudo menos de asombrar á Vinicio.

— ¿Quién sois?, les preguntó.

— Estamos derribando las casas para que el fuego no se corra hasta la *Via Portuensis*, respondió uno de los operarios.

— Me habéis ayudado cuando he caído. ¡Gracias os sean dadas!

— No se debe negar á nadie socorro.

Vinicio, que desde la madrugada no había visto más que turbas de personas enfurecidas, asesinatos y agresiones, miraba con creciente atención los rostros que tenía delante, y dijo:

— ¡Cristo os lo pague!

— ¡Sea alabado su nombre!, contestaron todos á coro.

— ¿Lino?., preguntó el tribuno.

Pero no pudo completar la pregunta, por haberle sobrevenido un desmayo. Cuando volvió en sí se halló en un jardín del Campo Covetano, rodeado de hombres y mujeres.

— ¿Dónde está Lino?, fueron sus primeras palabras.

Durante un rato no obtuvo contestación; luego una voz de él conocida dijo:

— Se marchó hace dos días al Ostriano, fuera de la Puerta Nomentana. ¡La paz sea contigo, oh rey de Persia!

Vinicio se levantó y reconoció á Quilón.

— Tu casa seguramente está incendiada, señor, continuó el griego, porque las Carinas están ardiendo; pero tú seguirás siendo tan rico como Midas. ¡Oh! ¡Qué desgracia! Los cristianos, ¡oh hijo de Serapis!, habían profetizado hace tiempo que Roma perecería en el fuego. ¡Lino se halla en el Ostriano con la hija de Júpiter! ¡Oh! ¡Qué desgracia para la ciudad!

Vinicio se sintió próximo á un nuevo síncope.

— ¿La viste?, preguntó.

— La vi, señor. Sea alabado Cristo y sean alabados todos los dioses que me otorgaron la gracia de pagar con esta buena noticia los favores que de ti he recibido. ¡Pero aún te pagaré mejor, oh Ciro!. ¡Te lo juro ante Roma incendiada!

Había llegado la noche; mas el jardín aparecía claro como en pleno día, iluminado por el incendio que iba tomando incremento. Parecía que toda la ciudad se sumergía en aquel océano de fuego.

Toda la bóveda celeste, hasta donde la vista alcanzaba, presentaba vivos matices rojos: ¡una noche roja en la historia del mundo!

XLIV

La luna llena que asomaba tras las colinas, tomando á la luz del incendio el color del hierro candente, parecía que contemplaba con asombro la destrucción de aquella ciudad, que fué reina del mundo. En la claridad rosácea del horizonte también tenían las estrellas un tono de luz rosada; pero, contra lo ordinario y natural, en aquella noche la tierra resplandecía más que el firmamento. Roma iluminaba con sus reflejos toda la Campania. Sobre aquel fondo rojo se destacaban los montes lejanos, las ciudades, las quintas, los templos, los monumentos y los acueductos, sobre los cuales se habían refugiado miles y miles de personas que creían estar allí más seguras y podían contemplar mejor el imponente espectáculo.

El terrible elemento se había propagado á otros barrios. ¡No cabía duda! Manos culpables se encargaban de difundirlo, pues de continuo se producían nuevos incendios en puntos muy distantes del foco principal. De las alturas de Roma, las llamas, semejantes á las olas del mar, descendían hasta los barrios bajos donde estaban las casas de cinco ó seis pisos, con todos los almacenes y comercios, los anfiteatros de madera ambulantes, construídos de modo que pudieran servir para las más variadas funciones, depósitos de leña, de aceitunas, de granos, de nueces, de piñones, que servían de alimento á los pobres, y de vestidos que á veces Nerón, en su grandeza, se dignaba repartir entre los miserables aglomerados en las angostas callejuelas. Allí donde el fuego encontraba, como en esos puntos, tanto material inflamable, una explosión seguía á otra, y con una rapidez increíble invadía todo el distrito. Los que habían acampado fuera de la ciudad ó se habían reunido en los acueductos, deducían, por el color de las llamas, la clase del combustible. Algún soplo de viento más fuerte levantaba millones y millones de cáscaras de avellanas y almendras, que, como numeroso enjambre de moscas luminosas lanzadas al aire de improviso, caían luego, empujadas por el viento, en otros puntos de la ciudad, sobre los acueductos ó en la campiña. Toda esperanza de salvación parecía absurda y el desorden aumentaba por momentos; pues mientras los ciudadanos corrían desde todos los puntos de la ciudad hacia las puertas, para huir al campo abierto, muchos habitantes de las comarcas vecinas, aldeanos y pastores salvajes de la Campania acudían á la ciudad atraídos por el incendio y con la esperanza de un rico botín. «¡Roma está perdida!» era la frase que brotaba de todos los labios como santo y seña; pero con la caída de la ciudad parecía que toda ley se había hollado, deshecho todo vínculo y roto el freno que contenía á la plebe. Los esclavos ya no admitían distinción alguna entre ellos y los patricios. La destrucción de la urbe grandiosa podía proporcionarles la libertad, y por esto tomaban una actitud amenazadora.

Se sucedían los hurtos y las rapiñas sin interrupción; pero el espectáculo de la ciudad incendiada parecía que tenía el poder de atracción, conteniendo la manifes-

tación armada y tumultuosa del descontento general, que no dejaría de realizarse sobre las humeantes ruinas. Numerosos esclavos, olvidando que Roma poseía, además de sus casas y de los templos, considerables legiones en armas, no esperaban más que un jefe y una señal. El nombre de Espartaco brotaba de todos los labios, pero Espartaco ya no vivía. También los ciudadanos empezaban á armarse con todo lo que encontraban á mano. Corrían los más contradictorios y extraños rumores. Algunos aseguraban que era Vulcano quien había destruído la ciudad por orden de Júpiter, otros sostenían que se trataba de una venganza de Vesta contra Rubria. Estos no pensaban poner en salvo nada de lo que les pertenecía, sino que se aglomeraban en los templos invocando la piedad de los dioses. Se repetía también sin rebozo que Roma había sido incendiada por orden de César, que por tal procedimiento intentaba desinfectar la Suburra de pestíferas exhalaciones y construir luego una nueva ciudad que se llamaría Neronia. Esta idea hacía estremecer de indignación á todos los habitantes, y como suponía Vinicio, donde se hubiese presentado un hombre enérgico que de aquel odio hubiera sabido sacar partido, habría sonado para Nerón su última hora mucho antes de lo que nadie hubiera podido imaginar.

Se decía también que César, habiendo enloquecido, quería ordenar á los pretorianos y á los gladiadores que cayeran sobre el pueblo y lo exterminaran.

Algunos aseguraban que el *Enobarbo* había puesto en libertad todas las fieras, y muchos juraban haber visto por las calles leones con la melena ardiendo, elefantes furiosos y bisontes que en su precipitada carrera derribaban á la muchedumbre. En tales asertos había algo de verdad; efectivamente, algunos elefantes, al notar el fuego, habían rotó las vallas en que estaban encerrados, y ávidos de libertad, habían escapado, destruyendo, como el huracán, todo cuanto se les ponía por delante. Se decía que los que habían perecido entre las llamas ascendían á una décima parte de la población, y que muchos, después de haber perdido sus riquezas y su familia, se arrojaban desesperadamente al fuego. Otros morían asfixiados por el humo. En el centro de la ciudad, entre el Capitolio por un lado y el Quirinal, el Viminal y el Esquilino por otro, como también entre el Palatino y el Celio, en cuyas calles era más numerosa la muchedumbre, el fuego había estallado simultáneamente en varios puntos; centenares de personas trataban de huir hacia determinada dirección, cuando una muralla de fuego les interceptó el paso y todas encontraron en aquellas llamas su desgraciado fin.

En medio de aquel terror y de aquella confusión la gente no sabía orientarse. Las calles estaban atestadas de objetos y de mercancías de todo género, obstruyendo así la salida á otras calles secundarias. En la plaza donde se elevaba el anfiteatro de Flavio, junto al Pórtico de Silvia, y más arriba, cerca del templo de Juno, entre el *Clivus Verbius* y la antigua Puerta Esquilina, se extendía un verdadero mar de fuego en el que perecían todos los que iban allí á buscar un refugio. En los sitios adonde no había llegado todavía el voraz elemento se veían centenares de cadáveres carbonizados, si bien aquellos desgraciados, para librarse del enorme calor, habían arrancado las losas del suelo, sepultándose casi por completo. Ni una sola de las familias que habitaban en el centro de Roma había quedado sana y salva por entero, encontrándose á cada paso mujeres que, llorando desesperadas, llamaban á los seres queridos que habían perecido en el fuego ó aplastados por la muchedumbre.

Y mientras unos imploraban el auxilio de los dioses, otros les maldecían acusándoles como autores de tanta desventura. Algunos viejos dirigían sus súplicas á Júpiter Libertador, exclamando: «¡Si eres verdaderamente libertador, salva tus al-

tares y nuestra ciudad!» Pero la indignación popular se desahogaba sobre todo contra los antiguos dioses romanos, que, según opinión general, estaban más que otros encargados de velar por la ciudad; y ya que se habían mostrado tan ineptos, era lícito ultrajarlos.

Así es que cuando aparecieron en la Vía Asinaria algunos sacerdotes egipcios llevando una estatua de Isis que habían podido salvar del templo de la Puerta Cœlimontana, la multitud se precipitó sobre ellos, detuvo el carro, lo arrastró hacia la Puerta Apia, y allí, cogiendo la imagen de la divinidad, la colocaron en el templo de Marte. Los sacerdotes que trataron de oponer resistencia fueron dispersados y derribados por la muchedumbre. En otras calles de la ciudad, el pueblo invocaba á Serapis, Baal ó Jehová, cuyos secuaces procedían de las callejuelas de la Suburra y del Trastevere, y atronaban el espacio con sus gritos y sus lamentos, en los cuales había algo de triunfante; y cuando algunos ciudadanos unían sus voces á aquellos coros para alabar al Señor del mundo, otros, irritados por este motivo, hacían todos los esfuerzos posibles para que cesaran los cantos. Se oían himnos de una belleza extraña, solemne, cantados por hombres en la flor de la edad, por viejos, mujeres y niños; himnos cuyo significado nadie comprendía, pero en los cuales se repetían de continuo las palabras: «¡Cuidado, que viene el juez en el día de la cólera y de la justicia!»

Aquella ola infinita de gente inquieta, agitada, rodeaba la ciudad ardiente á manera de mar borrascoso. Pero de nada servían las recriminaciones ni las plegarias. La cruel obra de destrucción se realizaba inexorablemente como el hado. Cerca del Anfiteatro Pompeyano el fuego adquirió grandes proporciones, alimentado por los grandes depósitos de cestas, cuerdas del Circo y de la Arena, máquinas destinadas á juegos, y además ardían también los cercados anexos donde se guardaban recipientes llenos de pez con que se untaban las cuerdas. A las pocas horas aquel barrio, situado al otro lado del Campo de Marte, fué totalmente presa de las llamas, las cuales habían adquirido un tinte de un amarillo tan intenso que á los ojos de los atónitos espectadores parecía que sobre los inmensos edificios que se derrumbaban brillaba, en el corazón de la noche, el más espléndido sol.

Más tarde un resplandor rojizo, sanguinolento, borró los otros tonos. Parecía que del mar de llamas se elevaban hacia el cielo gigantescos surtidores; columnas luminosas, al llegar á cierta altura, caían, subdividiéndose en innumerables centellas, en hilos de oro, en ligeras hojas que el viento arrastraba, esparciéndolas con sus alas sobre la Campania y los montes Albanos. La claridad de la noche era en extremo transparente; en el aire mismo parecía que habían penetrado la luz y el oro. El Tíber corría como un ígneo torrente, y la ciudad maldita habíase transformado en una verdadera boca del infierno. El incendio seguía ganando terreno, invadiendo las alturas, buscando expansión por el llano, vertiéndose en los valles; por todas partes se oía un continuo crujir y un retumbar incesante y fragoroso, más importantes que el fulgor de las llamas.

Macrino, un tejedor á cuya casa fué conducido Vinicio, lo lavó, le dió ropa y algún alimento. Apenas hubo recobrado las fuerzas, el joven tribuno manifestó que quería continuar aquella misma noche las diligencias en busca de Licia. Macrino, que era cristiano, confirmó las noticias de Quilón, esto es, que Lino se había refugiado con el sacerdote Clemente en el Ostriano, donde Pedro pensaba bautizar á un gran número de catecúmenos. Los cristianos sabían que Lino había confiado la custodia de su casa á un tal Gayo, lo que demostraba á Vinicio que Ursus y Licia no se habían quedado allí, sino que habían ido también al Ostriano.

Esta idea contribuyó á calmarle un poco. Lino era viejo, por lo cual le era difícil trasladarse diariamente del Trastevere á la Puerta Nomentana; era, pues, muy probable que durante aquellos días habitase en casa de algún correligionario fuera de Roma, y con él Licia y Ursus. Por esta razón debían haber escapado á la acción devoradora de las llamas, que no habían invadido el opuesto declive del Esquilino.

En todo esto reconoció Vinicio la mano de Dios, por quien se sentía protegido, por lo cual juró consagrarle toda su vida, impulsándole su fervor á correr hacia el Ostriano. Allí era seguro encontrar á Licia y á Pedro, á quienes conduciría después á una de sus quintas. Roma estaba por completo envuelta en llamas, y pocos días después no quedaría más que un inmenso montón de cenizas. Entonces, ¿por qué permanecer en medio de un pueblo enloquecido por el dolor, en lugar de trasladarse á sus posesiones, rodeados de un número de siervos devotos, y gozar allí la dulce paz campestre, bendecidos por Pedro, protegidos por Cristo? ¡Oh! ¡Si pudiese encontrarlos!.

Pero seguramente no era esta la empresa más fácil del mundo. Vinicio recordaba todos los obstáculos que había encontrado en la Vía Apia y luego para llegar á la *Vía Portuensis*. Decidió recorrer la ciudad en dirección contraria. Siguiendo la *Vía Triumphatoris* le sería posible, por el curso del río, llegar al Puente Emiliano, y de allí, pasando por delante del que es hoy monte Pincio y el Campo de Marte, á lo largo de los jardines de Pompeyo, de Lúculo y de Salustio, llegar á la Vía Nomentana. Este era el camino más breve, pero Macrino y Quilón le hicieron desistir de su propósito. Verdad que hasta entonces el fuego había respetado aquella parte de la ciudad, pero esto hacía suponer que allí la muchedumbre y el tumulto serían enormes. Quilón le aconsejó que se dirigiera á la Puerta Flaminia, pasando por el *Ager Vaticanus*, atravesar el río en este punto, y luego, fuera de los muros, salir por la Puerta Salaria para llegar al otro lado de los jardines de Acilio. Después de alguna vacilación, Vinicio resolvió seguir el consejo.

Macrino tenía que quedarse para custodiar su casa; pudo aún proporcionarle dos asnos, que podía también utilizar luego Licia para emprender su viaje. Además

de esto, trataba de darle un esclavo; pero Vinicio no aceptó, manifestando que se pondría á la cabeza del primer escuadrón de pretorianos que encontrase. Él y Quilón se pusieron en camino por el *Pagus Janiculensis* hacia la *Vía Triumphalis*; tampoco allí faltaban innumerables tropiezos; pero les fué dado caminar por entre los carros con alguna velocidad, pues la mayor parte de la población se dirigía hacia la costa por la *Vía Portuensis*.

Pasada la Puerta Septimia, cruzaron por entre el humo y los magníficos jardines de Domicio; los gigantescos cipreses estaban iluminados por los rojizos reflejos del incendio como por el sol cuando declina. El camino se iba despejando, y sólo alguna que otra vez se encontraban grupos de aldeanos que corrían presurosos. Vinicio procuraba acelerar en lo posible la marcha de su asno, y Quilón le seguía á cierta distancia, hablando continuamente entre sí:

— Menos mal que ahora volvemos las espaldas al fuego, que no puede hacer más que calentárnoslas. Nunca he visto este camino tan claro como esta noche. ¡Oh Júpiter! Si no mandas un turbión de agua sobre esa hoguera cruel, darás á entender que no amas á Roma. A los humanos no les es posible apagar todas esas llamas. ¡Cómo se aniquila esa ciudad ante la cual se inclinaba Grecia y el mundo entero! Y ahora el primer griego que pasa puede servirse de ella para asar las habas en medio de las cenizas. ¿Quién lo hubiera dicho? ¡Roma ha acabado y con ella su imperio! Ahora todos pueden saltar y cantar sobre sus ruinas. ¡Oh dioses! ¿Quién lo hubiera pensado? ¿Qué griego ó qué bárbaro hubiera nunca podido esperar otro tanto? Y sin embargo, así es; porque un montón de cenizas, ya sean restos de una cabaña de pastores ó de una ciudad entera, no es más que un montón de cenizas, que tarde ó temprano el viento ha de dispersar.

Discurriendo de este modo, volvía el rostro continuamente para contemplar las llamas. En sus ojos se reflejaba una alegría maliciosa.

— Roma cae, continuaba, y no resurgirá. Pero ¿adónde enviará ahora el mundo sus trigos, sus aceitunas y su dinero? ¿Quién exprimirá á la tierra el oro y las lágrimas? El mármol no se quema, pero en el fuego se pulveriza. El Capitolio y el Palatino también caerán. ¡Oh Júpiter! Roma era el pastor y las demás naciones sus ovejas. Cuando el pastor sentía apetito degollaba una oveja y se comía la carne, y tú, padre de los dioses, recibías en holocausto la piel. ¿Quién pensará ahora en degollar las ovejas? ¿Y á qué manos confiarás tú el látigo del pastor? ¡Roma arde tan de prisa como si tú hubieses fulminado sobre ella uno de tus rayos para reducir la á cenizas!

— ¡Adelante! ¿Qué haces ahí?, le gritó Vinicio para sacarle de su abstracción.

— ¡Lloro sobre Roma, señor, sobre la ciudad consagrada á Júpiter!

Caminaron un rato en silencio. Numerosas palomas que anidaban en aquellas quintas y en las pequeñas ciudades de la Campania, y otros pájaros de la costa y de las montañas, confundiendo la claridad del fuego con la luz del sol, se precipitaban veloces sobre las llamas. Vinicio fué el primero en romper el silencio.

— ¿Dónde te hallabas cuando se inició el fuego?

— Iba precisamente á visitar á mi amigo Euricio, que posee una tienda junto al Circo Máximo. Pensaba en la doctrina de Cristo, siguiendo mi camino, cuando oí gritar: «¡Al fuego!» La gente corría hacia el Circo, movida por el ansia y la curiosidad; pero cuando se vió que ardía y se propagaba el fuego á las casas próximas, nadie pensó más que en ponerse en salvo.

— ¿Has observado, por casualidad, si alguno arrojaba en las casas brasas encendidas?

— ¿Y qué es lo que no he visto, oh descendiente de Eneas! Vi á algunos que

se abrían paso con las armas en la mano; vi asesinatos, vísceras humanas pisoteadas sobre las losas de las calles. Si te hubieses hallado presente, hubieras sin duda pensado que los bárbaros se habían apoderado de la ciudad, pasando á degüello á sus habitantes. Por doquiera se oía gritar que había llegado el fin del mundo. Muchos parecían idiotas y permanecían inmóviles hasta que las llamas les cubrían totalmente; otros gritaban como locos, entre los cuales algunos hasta prorrumpían en gritos de júbilo. Ello es, señor, que existen personas tan malvadas que no aprecian todos los beneficios de vuestra benigna justicia y no veneran las justas leyes en virtud de las cuales se lo quitáis todo para tenerlo vosotros. ¡Y esas personas ni siquiera soportarán con resignación la voluntad divina!

Vinicio estaba demasiado absorto en sus pensamientos para fijarse en la sangrienta burla que encerraban las palabras de Quilón. ¿Se hallaría su Licia en aquel caos donde se pisoteaban vísceras humanas? Un escalofrío de terror le recorrió todo el cuerpo, y repitió varias veces esta pregunta:

— Pero..., ¿la viste con tus propios ojos en el Ostriano?

— ¡La vi, oh hijo de Venus! Yo mismo vi á la joven, al buen licio, al santo varón Lino y á Pedro el apóstol.

— ¿Antes del incendio?

— ¡Antes del incendio, señor!

En el alma de Vinicio había surgido una duda acerca de la veracidad de Quilón; detuvo su carrera, y mirando amenazadoramente al griego, le preguntó:

— Y tú, ¿qué hacías allí?

Quilón quedó asustado y confuso. Verdad que él, como otros muchos, abrigaba la convicción de que, cayendo Roma, debía cesar también su dominio; pero se encontraba inerte ante Vinicio, y recordaba las amenazas con que el tribuno le había prohibido explícitamente espiar á los cristianos y sobre todo á Lino y Licia.

— ¡Señor! ¿Por qué no quieres creer que también amo á los cristianos? Yo también soy cristiano á medias y por esto me hallaba en el Ostriano. Pirro me enseñó á apreciar la virtud antes que la filosofía, y sigo estas enseñanzas, acercándome cada vez más á las personas virtuosas. Además de esto, soy pobre, y cuando estabas en Anzio padecí hambre con mucha frecuencia, inclinado sobre mis libros; por esto me senté junto á los muros del Ostriano, sabiendo que los cristianos, aunque pobres, son más caritativos que todos los demás habitantes de Roma.

La excusa pareció á Vinicio bastante plausible, porque con tono menos severo le preguntó:

— ¿Y sabes dónde vive ahora Lino?

— Me castigaste ya una vez, y muy duramente, por mi curiosidad, respondió el griego.

Vinicio no dijo nada más y continuó su carrera.

— Señor, volvió á decir Quilón al cabo de un rato, sin mí no hubieras encontrado á Licia. ¿No olvidarás al pobre sabio, verdad?

— Te regalaré una casa con una viña.

— ¡Gracias, Hércules! ¿Con una viña?... ¡Oh! ¡Sí, sí, con una viña!

En aquel momento pasaron por delante del Vaticano. Una vez en la Naumaquia, doblaron á la derecha y pasaron el campo Vaticano para llegar al río y salir á la Puerta Flaminia. De pronto Quilón detuvo á su animal y dijo:

— ¡Se me ha ocurrido una excelente idea!

— ¡Habla!, ordenó Vinicio.

— Entre el monte Janículo y el Vaticano, al otro lado de los jardines de Agripina, existen cavernas de las cuales se extraen piedras y arena para la construcción

del Circo del Emperador... ¡Pues bien, óyeme! Recientemente los hebreos, que, como sabes, viven en número considerable en el Trastevere, se entregaron á la persecución de los cristianos con la mayor crueldad. Recordarás que en tiempo de Claudio fueron origen de hechos tan graves, que César se vió obligado á alejarlos á todos de Roma. Pero ellos más tarde regresaron, y hallándose ahora más seguros bajo la protección de Popea, vuelven á molestar á los cristianos con más insistencia. Contra éstos no se ha publicado edicto alguno; pero los hebreos les acusaban ante el prefecto de infanticidas, de adoradores de una cabeza de asno y de propagadores de una doctrina no reconocida por el Senado. Los hebreos maltratan á los cristianos en tal forma y amenazan de tal modo sus reuniones, que éstos se ven obligados á esconderse.

— ¿Y qué quieres decir con esto?, le preguntó Vinicio impaciente.

— Quiero decir que en el Trastevere están abiertas las sinagogas, mientras los cristianos, á fin de escapar á las persecuciones, se reúnen para orar en secreto en los dismantelados barracones ó en las cuevas de arena. Los cristianos del Trastevere han escogido para este objeto las cavernas próximas al Circo en construcción. Ahora que la ciudad se derrumba, los secuaces de Cristo están entregados á sus oraciones; sin duda encontraremos buen número de ellos en aquellas cavernas, por lo cual te aconsejaría que dirigiéramos allí nuestros pasos.

— Pero... ¿no decías que Lino se hallaba en el Ostriano?, gritó Vinicio nerviosamente.

— Me has prometido una casa con una viña, respondió Quilón; por esto trato de que no me falle la esperanza de encontrar á tu Licia. Es posible que, al estallar el incendio, se hayan apresurado á regresar al Trastevere. Es probable que hayan dado vueltas alrededor de la ciudad, como hacemos ahora nosotros. Lino posee una casa, y tal vez haya querido ver si también aquella parte de la ciudad ha sido presa de las llamas. Si así fuese, juro por todos los dioses que habíamos de encontrarlos en la caverna. En la peor de las suposiciones, tendríamos por lo menos noticias tuyas.

— Tienes razón; ve delante.

Quilón volvió en seguida á la izquierda, hacia la colina. Durante unos minutos el declive ocultó á sus ojos la inmensa hoguera, por lo cual ambos caminaban en la obscuridad, mientras las alturas próximas estaban intensamente iluminadas. Cuando hubieron pasado el Circo, Quilón dió vuelta otra vez hacia la izquierda y ambos se encontraron en una especie de antro completamente oscuro; pero entre aquellas profundas tinieblas resaltaban numerosas lucecitas.

— ¡Aquí están!, dijo Quilón. Hay muchos más que otras veces, porque los demás sitios de oración están ardiendo ó llenos de humo.

— Es verdad; oigo sus cantos, respondió Vinicio.

En efecto, se oían llegar hasta la entrada del oscuro antro voces humanas en cadencias monótonas. Una lucecita se apagaba después de otra. Nuevas figuras comparecían de continuo desde los antros laterales, de modo que Vinicio y Quilón se encontraron muy pronto en medio de un grupo de personas.

Quilón saltó de su asno, y haciendo señas á un muchacho que vió cerca de él, le dijo:

— Yo soy sacerdote cristiano, más aún, soy obispo. Cuida de nuestros animales y obtendrás mi bendición.

Sin aguardar respuesta, dejó las riendas al muchacho y siguió con Vinicio á la turba que les precedía.

Llegaron pronto á la cueva, más espaciosa á medida que se iban internando y

cuyas paredes demostraban que se habían arrancado enormes peñas de las cuales quedaban aún impresas las huellas.

Aquí la obscuridad no era tan profunda como á la entrada, porque, además de los cirios y linternas, ardían también algunas hachas, á cuya luz vió Vinicio una multitud de devotos arrodillados, con los brazos en alto. Pero entre aquellos rostros de aspecto solemne no descubrió los de Licia, de Lino y de Pedro. En algunos se pintaba el terror, en otros la esperanza. En sus ojos, levantados al cielo, se reflejaba el resplandor de las luces; el sudor bañaba sus pálidas frentes. Algunos cantaban sus himnos, otros invocaban febrilmente el nombre de Jesús, muchos se daban golpes en el pecho. Era evidente que esperaban de un momento á otro una manifestación terrible de la cólera divina.

Cesaron los himnos, y en una especie de nicho, formado seguramente al arrancar una enorme piedra, apareció la pálida figura de Crispo, de aspecto inexorable, fanático, airado. Todas las miradas se volvieron á él inmediatamente, como en busca de consuelo y esperanza. Bendijo á la comunidad y comenzó á hablar con voz fuerte y casi estridente:

— ¡Fuerza es que os arrepintáis de vuestros pecados, porque ha llegado la hora suprema! ¡Mirad! El Señor envió el fuego destructor sobre esta nueva Babilonia, la ciudad de la corrupción y de los delitos. ¡Ha sonado la hora de la justicia, de la cólera y de la venganza! El Señor ha prometido venir y le veréis dentro de poco. Pero Él no vendrá á vosotros como un cordero pronto á dar su sangre para redimir de vuestras culpas, sino como un juez inexorable que, en su justicia, castigará á los pecadores y á los incrédulos. ¡Ay de vosotros! ¡Ay de los pecadores! No esperéis gracia alguna. ¡Yo te veo, Cristo! Las estrellas caen sobre la tierra como la lluvia, el sol se ha obscurecido, se abren los abismos, los muertos abandonan sus sepulturas; pero apareces Tú, anunciado por el sonido de las trompas, en medio de una legión de ángeles, entre rayos y truenos. ¡Yo te veo, te oigo, oh Cristo!

Calló y puso los ojos en alto, como mirando una lejana y terrible aparición. Un rumor profundo resonó en aquel instante en el subterráneo, y se sucedieron otros durante algunos minutos. En la ciudad incendiada, calles enteras se derrumbaban y crujían; pero aquel espantoso ruido era para los cristianos atemorizados un evidente anuncio de la hora fatal. Entre ellos se había difundido la creencia en otra venida de Cristo y en el fin del mundo, y especialmente desde que había estallado el incendio. Todos se vieron invadidos por el terror. Se oían muchas voces que gritaban: «¡El día del juicio! ¡Helo aquí, ha llegado!» Unos escondían los rostros entre las manos, aguardando ver cómo la tierra se precipitaba en los abismos sin fondo y los monstruos del averno sobre los pecadores; otros exclamaban: «¡Cristo, ten piedad de nosotros! ¡Piedad, Redentor nuestro!» Muchos confesaban en voz alta sus pecados, y no faltaban algunos que se echaban mutuamente los brazos al cuello para estar juntos en el momento terrible.

Pero entre estos semblantes aterrados, Vinicio observó en otros una expresión de éxtasis, los vió iluminados por una sonrisa que nada tenía de terrena. En éstos no se descubría huella alguna de temor. De un rincón oscuro partían voces ansiosas, trémulas, de lenguajes desconocidos. Una de ellas gritaba: «¡Despertad, vosotros los que dormís!» Pero sobre todas dominaba la voz de Crispo:

— ¡Atención!, ¡atención!

A veces seguía á todo esto un profundo silencio, como si nadie se atreviese á respirar, esperando todo cuanto de horrible había de ocurrir. Después, como se dejaba oír otra vez aquel rumor profundo de las casas que se derrumbaban, nuevas exclamaciones y nuevos sollozos resonaban en la bóveda oscura: «¡Renunciad á

todo bien terreno, porque dentro de poco la tierra se hundirá bajo vuestros pies! ¡Renunciad á los amores mundanos, porque Dios maldecirá á quien ama á la mujer y al hijo más que á Él! ¡Ay de quien ama á las criaturas más que al Creador! ¡Ay de los ricos! ¡Ay de los vanidosos! ¡Ay de los deshonestos! ¡Ay del marido, de la mujer y del hijo!..»

De improviso se oyó un fragor espantoso. Todos cayeron en tierra con los brazos en cruz, como para protegerse con aquella señal contra los espíritus malignos. Siguió un silencio sepulcral, interrumpido de cuando en cuando por el nombre de Jesús, ansiosamente pronunciado, y por el llanto de algún niño.

Y en aquel momento, sobre toda aquella turba de devotos postrados en el suelo, resonaron las palabras: «¡La paz sea con vosotros!»

Quien hablaba era el apóstol Pedro, que acababa de entrar en aquella caverna. Al oír su voz, la angustia abandonó el espíritu de los devotos, como se disipa el miedo en la grey cuando se acerca el pastor. Todos se levantaron; los más próximos rodearon al apóstol y se abrazaron á sus rodillas en busca de protección. Extendió sobre ellos las manos y dijo:

— ¿Por qué tembláis? ¿Quién de vosotros puede saber lo que sucederá antes de que llegue la hora del juicio? El Señor castigó con el fuego á Babilonia, pero su gracia descansa sobre aquellos á quienes el bautismo ha purificado. Y vosotros, cuyos pecados se lavaron con la sangre del Cordero, moriréis con su nombre en los labios. ¡La paz sea con vosotros!

Después de las severas palabras de Crispo, el discurso del apóstol hizo á todos el efecto de un bálsamo. Ya no fué el temor de Dios, sino un amor infinito por Él, el sentimiento que invadió sus almas. Volvían á encontrar á aquel Cristo que habían aprendido á amar por los sermones del apóstol, no un juez implacable, sino un Cordero manso, suave, cuya misericordia supera mil veces á la perversidad humana. Todos los corazones se abrían á la esperanza y todos miraban agradecidos á Pedro. De todas partes oíase exclamar: «¡Somos tu grey; guíanos!» Algunos devotos que se hallaban más cerca le suplicaban que no les abandonase en la hora del peligro.

Vinicio cogió el manto del apóstol, se arrodilló ante él y dijo:

— ¡Sálvame, Señor! La he buscado entre las llamas, entre el humo y entre la multitud y no he logrado encontrarla. Pero confío en que tú solo puedes devolvérmela.

Pedro puso la mano sobre la cabeza del tribuno, diciéndole:

— ¡Ten confianza en mí y sígueme!